

¿así te sabes enojar? Pues entiendan fieles nuestro escarmiento, para que cumpliéndole á Dios la palabra que le dimos en el voto, no sea el favor que nos hizo, empeño para nuestro castigo, sino prenda, si le correspondemos, de que hemos de alcanzar el eterno premio de la gloria.

TERCER MANDAMIENTO.

SANTIFICARAS LAS FIESTAS.

PLATICA XXII

DE LA SIGNIFICACION Y PROVECHOS DEL ESPIRITU, QUE NOS INSI-
NUA AUN SOLO EL NOMBRE DE LA MISA.

A 12 de Junio de 1691.

UNA palabra sola es hoy toda nuestra doctrina. ¿Y quién creará que una sola palabra podria ser tan importante, que de saberla decir, mas digo, que de saber pronunciar una letra suya, pendiese no menos valor que la vida? Pues fué así. Bien sabido suceso á punto de la Sagrada Historia: Fugitivos los Ephratéos, corrian al escape de Jepté, valiente general del pueblo de Dios; (*Judic. c. 12.*) pero érales á su fuga forzoso pasar el Jordan, y halláronse en sus vados cojidos; porque habiendo allí puesto guardas Galaaditas Jepté, iban llegando los de Ephrain; mas siendo todos de una nacion, hebreos todos, aunque hablaban

una lengua, distinguianse en la pronunciacion: como si acá dijéramos en el pronunciar de las CC. y SS. los castellanos y andaluces. ¿Pues qué hacen para conocer á los Ephratéos? Llegaban estos, pedían paso:—No, que eres Ephratéo.—No lo soy;—pues aguarda: pronuncia esta palabra, *Scibboleth*, que la pronunciaban con *c* los de Galaad; pero los Ephratéos respondían, *Sicboleth* con *s*, porque no sabían de otro modo pronunciarla; y así, conocidos por la pronunciacion de una letra, los iban pasando á cuchillo; y en verdad que por una palabra y una letra, murieron cuarenta y dos mil hombres.

Una palabra, pues, no ya solo pronunciada, sino bien entendida, puede acarrear al alma provechos que valen mas que mil vidas. Y en verdad que si nos pusiéramos á esas puertas á irle preguntando á cada uno, qué quiere decir, qué significa esta palabra *misa*, no sé si me lo responderían todos. Pues yo no quisiera agraviarlos; pero allá suelen decir de quien no sabe nada, que no sabe de la misa la media; y en verdad que de mas de dos que se precian de saber mucho, pudiéramos decir que no saben por entero de la misa. ¡Oh, vergüenza de católicos! Un discreto se precia mucho de entender un equívoco: un curioso cansa con mil preguntas por entender una palabra: un estudiante se fatiga por fijar un vocablo en la memoria: un erudito se esmera en adquirir una noticia; y lo que es mas, un juglar aprende y estudia para lograr en la ocasion una chanza jocosa, ó un chiste ridículo; ¿y ha de ignorar un cristiano un nombre tan sagrado, que repitiéndolo todos los días, abraza los mas soberanos misterios?

En Francia, refiere nuestro Lobercio, (*Lobert. t. 5. in Asp. Sacer. c. 7.*) llegándose un hereje á

un católico, le preguntó: *¿Qué quiere decir esta palabra, misa?* Quedóse aquel mudo y sin saberle responder una palabra; y á grandes risas del hereje pagó aquel su ignorancia con mucha confusion y vergüenza, mofando el blasfemo de que así no entendiera ni aun el nombre de la cosa que mas estima, y que mas venera la católica Religion.

Entramos ya en el tercer Mandamiento: *Santificarás las fiestas*. Pero antes de explicar lo preciso de la obligacion de este precepto, he menester acordar lo mismo de la fineza de Dios, cuyo reconocimiento este precepto nos intima; porque, ¿quién no ve que seria ruindad suma medirnos nosotros muy atados á lo que solo es obligacion, donde Dios por nosotros derramó todas las infinitas finezas de su amor, donde no puso término á las maravillas de su sabiduría y á los tesoros de su poder? Y si el asistir á la misa es la primera obligacion del día de fiesta, entro primero á explicar en esta y las siguientes pláticas, lo que pudiere alcanzar mi ignorancia, de esta accion la mas soberana, la mas excelente, la mas sublime de todas cuantas ejercita nuestra católica Religion; el culto mas supremo que le podmos dár á la verdadera Divinidad, la obligacion mas agradable que podemos ofrecer á la Beatísima Trinidad, el compendio y la cifra de toda la pureza, de toda la santidad y de toda la gracia: que todo eso abrevia en sí el Sacrosanto Sacrificio de la misa, é importa tanto que hagamos todos el debido concepto de este Divino Sacrificio, que por eso el Santo Concilio de Trento, (*ses. 22. c. 8.*) manda que se explique á los fieles á menudo su valor tan sobre toda ponderacion inestimable, que ni hay ni puede haber en la tierra, ni aun en el cielo, ofrenda que sea á los ojos de Dios mas agrada-

ble, ni mas poderosa á recabar de su Magestad todos los beneficios. Empiezo, pues, hoy solo por la significacion de este nombre, *misa*; porque aun con solo el nombre nos está convidando á asistirle atentos, á frecuentarla fervorosos, y á lograrla devotos.

Este nombre, *misa*, es casi tan antiguo como la Iglesia, por mas que blasfemen los impíos, por mas que ladren sacrílegos los hereges sacramentarios; (Bell. t. 2. lib. de *Mis. c. 1.*) pues cuando cierran los oídos al Príncipe de la Historia Eclesiástica, el insigne Cardenal Baronio, que en el año de 34 de nuestro Redentor, afirma que el nombre de *misa* se lo enseñaron á los romanos los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y á los de Jerusalén su primer Obispo el Apóstol Santiago; consta esta verdad de los mas antiguos Concilios y Sumos Pontífices, que por dejar otros, basta la autoridad de San Clemente Papa, discípulo dichoso del Apóstol San Pedro, que en la tercera Epístola menciona este nombre, *misa*: *Non igitur Missa sine consensu Episcopi quisquam Presbyterorum agat.*

Pero en su significacion andan encontrados los Doctores católicos: los unos, que lo tienen por nombre latino, y los otros por nombre de hebreo. Dígoles todas, porque dejadas sus controversias, cada una nos ofrece juego de piedad y provecho. *Misa*, dice el maestro de las Sentencias, se llamó así del verbo latino *mitto*, que significa enviar. Llamamos, pues, con este nombre al Soberano Sacrificio del Altar, porque entónces envia Dios desde el cielo, no solo un Angel, que presidiendo al Sacrificio, es el que por sus manos lo lleva al cielo á ofrecerlo al Eterno Padre, sino como añaden los Santos, porque entónces enviadas de Dios bajan

tropas de Angeles al altar, que reverentes asisten, obsequiosos sirven, y postrados adoran aquel Divino Sacrificio. ¡Oh, confusion de nuestra tibieza, católicos! ¡Oh, vergüenza de nuestro descuido! ¡Oh, reprensión de nuestro poco fervor! *Per id tempus*, dice San Crisóstomo, *et Angeli Sacerdoti assident, et Caestium Potestatum universus ordo clamores excitat.* Que cuando en la *misa* suspensos los Angeles entre atenciones atónitos, nosotros estamos divertidos á cuidados viles de tierra. Y sin duda habló de su experiencia el Crisóstomo, porque de él refiere San Nilo, que siempre que se ponía á celebrar veía la Iglesia toda llena de Angeles. San Gregorio el grande nos dice: ¿Quién puede dudar que al celebrarse tan alto Sacrificio, no se abren los cielos, bajando á celebrar á su Rey todos aquellos celestiales cortesanos? *Quis fidelium habere dubium possit in ipsa immolationis hora ad Sacerdotis vocem Celos aperiri, et Angelorum Choros adesse?* (l. 4. *Diat. c. 58.*) Y habló sin duda de su experiencia, porque diciendo *misa* en día de pascua, este gran Pont. en Santa María la Mayor, al decir aquellas palabras, *Pax Dñi. sit semper vobiscum*, le respondió un Angel en clara y sonora voz, que oyeron todos: *Et cum spiritu tuo*, y por eso quedó la constumbre, que siempre que en aquella Iglesia dice *misa* el Sumo Pontífice, no le responde el coro á estas palabras. Fuera no acabar de referir lo que en esto han merecido ver las almas puras. Santa Brígida veía al oír *misa* á estos celestiales espíritus, que andaban tantos como los átomos, volando por el aire. Santa Catalina de Bolonia, al llegar en el prefacio al *sanctus*, se le oía cantar al coro Angélico con armonía tan dulce, que entre soberanas delicias ya le parecia que esta-

ba en la gloria. ¿Pues cuál es nuestra reverencia, cuando así los celestiales espíritus están entre nosotros atónitos? Y mientras son mayores sus ventajas, tanto se muestran mas humildes. Los Angeles lo alaban, dice la Iglesia: *Majestatem tuam laudant Angeli*: las dominaciones, que superiores á los Angeles, postradas lo adoran: *Adorant Dominationes*; pero las potestades, que á unos y á otros se aventajan, por aventajarlos tambien en la reverencia, se encogen, se estremecen, tiemblan: *Tremunt Potestates*. Pues con las voces de estos celestiales espíritus, ván en la misa juntas nuestras oraciones y ruegos: *Cum quibus, et nostras voces, ut admitti jubeas deprecamur*. ¿Cuál es el fervor con que las hacemos? ¿Cuánta la devocion, y cuánta la pureza, que pueda compararse con los Angeles? Pues esta nos acuerda el nombre de misa, que en esta sentencia quiere decir: misa es un envío de Angeles, que hace el Eterno Padre, á que asistan y sirvan al Soberano Sacrificio del altar.

Pero el Angélico Doctor y Seráfico Santo Tomás y San Buenaventura, con otros, lo entienden por dos lados: del cielo á la tierra, y de la tierra al cielo. Del cielo á la tierra, por aquella demision indecible, por aquella humildad inexplicable con que el Hijo de Dios, obediente á la voz del sacerdote, se abate desde el Supremo Trono de su Divinidad, á ponerse al punto bajo de las especies de pan, para que luego desde la tierra al cielo lo enviemos nosotros como nuestro embajador, que ajuste con su Padre las paces; como nuestro abogado, que en su Tribunal nos defienda; y como nuestra carta de recomendacion, que le temple al Eterno Padre todos sus enojos. ¡Oh, qué motivo al mas encedido fervor, si no estuviera nuestra fé tan

dormida! Si el Hijo de Dios volviera hoy al mundo, visible á los ojos del cuerpo, ¿qué dicha sería verlo, comunicarlo y servirlo? Pues ese mismo tenemos en la misa: ¿y cuánto mejor ven los ojos de la fé, decia Santa Teresa, que cuando ven los ojos del cuerpo? ¿Qué hicieras, alma, si al levantar la Hostia, vieras allí al Hijo de Dios patente á los ojos del cuerpo?—Hiciera, me dirás, lo que el otro Santo Sacerdote Plegilo, que viendo en la Hostia al Señor en forma de un bellissimo niño, todo derretido en lágrimas, cual otro Simeon, cogiéndolo en sus brazos, no se hartaba de besar aquella carne purísima, ardiendo en llamas su corazon: hiciera, me dirás, lo que allá Santa Ludovina, que viéndolo en la Hostia crucificado, y derramando sangre, salía tan fuera de sí al sentimiento y al amor, que parecia que espiraba ya al excesivo ardor de sus afectos: hiciera, me dirás, lo que la Beata Angela de Fulgino, que viéndolo en la Hostia en forma de un hermosísimo mancebo, como Rey coronado y puesto en su trono, atónita al respeto se estuvo muda, sin acertar á decirle ni una palabra. Pues todo eso es lo que tú ves con los ojos de la fé: *Ipsum vides, ipsum tangis, ipsum manducas*, te dice el Crisóstomo. Pues dime, ¿dónde están tus fervores? Oídme, ¿dónde está tú fé? Pues esto tambien acuerda el nombre, misa. Es un presente inestimable que nos hace el Eterno Padre, dándonos á su mismo Hijo; y es un presente tambien que nosotros le enviamos, en que le ofrecemos á su Hijo mismo.

Otros, con nuestro Cardenal Belarmino, entienden este nombre segun la costumbre antigua de la Iglesia. Así, dicen, como en Latin es lo mismo *collecta*, que *collectio*; así tambien es lo mismo

misa que *misio*. Significa, pues, enviar los catecúmenos en llegando al Ofertorio, que se fuesen, porque hasta el Ofertorio solo podían asistir, que por eso hasta allí se llamó Misa de los catecúmenos; y de ahí quedó despues enviar á los fieles acabado el Sacrificio, diciendo el Diácono: *Ite Missa est*, que es como darles licencia y enviarlos á sus casas. Y de esta antigua ceremonia tomó el nombre de Misa todo el Sacrificio. Pero aun esta significacion nos avisa, que si el asistir á la Misa es acto en que nos distinguimos de los que todavia no son cristianos, ¿en qué mostramos que nos distinguimos, si la Fé duerme, si la piedad se olvida, si la atencion se divierte?

Pero otros derivan este nombre del Hebreo *Massach*, que quiere decir *Pan ácimo*, pan sin levadura, porque este escogió el Señor para ponerse debajo de sus especies, y que su candor nos acuerde nuestra sinceridad y nuestra pureza: *In azymis sinceritatis, et veritatis*, que nos dice el Apóstol.

En Alemania, refiere Cesario, (Cesar. lib. 4. Dial. cap. 65.) estando para decir Misa un sacerdote, se le voló de la Patena la Hostia. Pecióle contingencia, volvió á ponerla y volvió la Hostia á volar. Todavía le pareció acaso, y púsola por tercera vez; y por tercera vez se volvió á volar la Hostia á parte mas distante. Hizo reparo con esto, reconocióla, y halló que tenia pegado un gusano que se habia cocido con ella. ¡Ah, corazon con gusano! Así zela Dios, aun en la materia de este Sacrificio la pureza.

Otros tambien del Hebreo dán en la sentencia, á mi ver mas clara y mas plausible. Misa, dicen, se deriva del verbo *Missach*, que quiere decir Obla-

cion espontánea, ofrenda voluntaria. Aquella se entiende, que sola merece el nombre de oblacion, en que el mismo Hijo de Dios es la víctima: aquella que ella sola vale mas, con infinitos excesos, que todos juntos cuantos sacrificios se ofrecieron á Dios en ambas Leyes, de Naturaleza y Escrita: aquella, que ella sola fué la que les dió el valor á cuantos sacrificios hicieron todos los antiguos Sacerdotes y Patriarcas. Oblacion voluntaria, en que todo el amor de un Dios se cifra, y en que todas las finezas de un Dios se comprenden. Pero de esto hablaré mas despacio.

Por último, la palabra *Missach* del Hebreo, significa tambien suficiencia; porque todo cuanto puede extenderse nuestro deseo, cuanto puede pedir nuestra naturaleza, y cuanto puede haber menester nuestra miseria, todo lo tenemos en la Misa. Carlos IX, Rey de Francia, hizo ostencion de su magnificencia, dando una joya preciosísima, que tenia en su orla esta inscripcion: *Qui me possidet nullius eget*. El que me posee, nada ha menester. ¡Oh, vanidad! que solo del Sacrificio de la Misa se puede decir con verdad: el que me tiene nada ha menester, ahora de las riquezas del alma, ahora de los socorros del cuerpo. Quéjese de sí, quien de tal tesoro no se sabe valer, y oigan este ejemplo.

Refiere nuestro Hautino, que un pobre jornalero tenia por devocion todos los días de ir antes á la Misa que á la plaza. Madrugó este una vez, y para que conociera que no era su trabajo, sino su devocion, la que le daba de comer, dióle gana de irse antas á la plaza, y dejar para despues la Misa; mas vió presto que vale mas al que Dios ayuda, que al que mucho madruga; porque aunque estuvo allí muy largo rato, no halló quien lo condujera

al trabajo.—Hé, ¿qué se ha de hacer? Vamos á Misa. Vino, y en no sé qué fervor detúvose: salió algo tarde, volvió á la plaza ya en vano, porque nadie halló que le diera en qué trabajar. Y ya sin esperanza, volviase pensativo y triste á doblar su sentimiento con el clamor de su familia, cuando encontró un hombre rico, su conocido, que á la primera pregunta supo la causa de su tristeza.—Pues yo, le respondió, no tengo en qué ocuparos; pero id á la Iglesia, estaos allí oyendo Misas y rezando por mí el tiempo que habias de trabajar, y yo os pagaré el salario.—Convengo en ello.—Vase á la Iglesia, y ya al caer de la tarde acude por su paga. Dióselo puntual el poderoso, que era allí la ordinaria doce sueldos y una torta de pan. Consolado se volvía con esto, cuando encontró con un anciano venerable, que habiéndole preguntado y sabido el caso:—Vuelve, le dijo, y dile á ese hombre que no te ha pagado todavia lo que te debe, que te dé mas, ó que le irá muy mal. Volvió con su embajada: oyóla el rico con no sé qué miedo, y añadióle otros cinco sueldos. Ibase aquel, y vuelve el mismo anciano:—Vuelve otra vez, le dice, y dile á ese hombre que mas te debe. Pudo segunda vez con esta embajada tanto el miedo, que sin mas replicar, le dió otros cien sueldos, con que se fué contentísimo. Aquella misma noche, apareció nuestra Vida Cristo á aquel rico en un Tribunal muy severo, y despues de hacerle cargo de sus gravísimas culpas, le dijo: Pues sábete, que si aquel pobre no hubiera hoy oído Misa por tí, esta noche, sin remedio, estabas condenado á bajar al infierno: mira si lo que le debes es mucho. Dijo, y desapareció. ¿Y cuántos que no lo saben, quizá les habrá sucedido esto mismo? ¿Cuántos por la

misa que oyen, tendrán los bienes temporales que gozan? ¿Y cuántos, los bienes eternos del alma? Pues si todos los tenemos en la misa, acompañemos en ella á los Angeles en la pureza: estemos en ella como quien ve realmente presente á nuestro Dios con los ojos de la fé, para lograr por tan Divino Sacrificio llegarlo á ver al descubierto con la luz dichosa de la gloria.